

—No vale la pena, señor Rougón.

Mas, como éste insistiese, jurando que no iba á perdonar el menor esfuerzo y que no se resignaba á verles partir de aquel modo:

—Seguramente que no vale la pena—repitió la señora.—Se tomaría usted un gran trabajo para maldita de Dios la cosa... Hemos hablado de usted con nuestro abogado, y se ha reído en nuestras barbas; nos ha dicho que en estos momentos carecía usted de toda fuerza contra monseñor Rochart.

—Cuando no se cuenta con fuerzas, ¿qué se puede hacer?—dijo á su vez el señor Charbonnel.—Preferible es no pensar más en ello.

Rougón había bajado la cabeza. Las frases de aquel par de viejos le alcanzaban de medio á medio, como si fuesen bofetadas. Nunca su impotencia le había hecho sufrir más cruelmente.

Entretanto, la señora de Charbonnel proseguía:

—Nos volvemos á Plassans. Es mucho más prudente... ¡Oh! No nos separamos reñidos, señor Rougón. Cuando veamos allí á madama Felicitas, su madre de usted, le diremos que ha hecho usted los imposibles para complacernos. Y si otros se nos vienen con preguntas, no tema usted, que no seremos nosotros los que le haremos mal tercio. Nadie está obligado á hacer más de lo que puede, ¿no es eso?

Aquello era ya el colmo. Ya veía á los Charbonnel dar con sus cuerpos en el fondo de su provincia. Desde por la mañana hasta la noche, todo el pueblo baladrearía; era aquello para él un fracaso

personal, una derrota de que tardaría muchos años en reponerse.

—¡Quédense ustedes!—exclamó.—¡Quiero que se queden ustedes!... ¡Ya veremos si monseñor Rochart se me traga de un solo bocado!

Y se echó á reír con risa tan inquietante, que asustó á los Charbonnel. A pesar de todo, continuaban resistiéndose. Por último, consintieron en permanecer algún tiempo más en París, obra de ocho días, ni uno solo más. El marido se puso á desatar laboriosamente las cuerdas con que había amarrado la maleta pequeña; la esposa, aunque apenas eran las tres, acababa de encender una bujía, para volver á colocar la ropa blanca y los vestidos en los cajones. Rougón, al dejarles, les estrechó afectuosamente la mano, renovándoles sus amistosas promesas.

Al cabo de diez pasos, ya en la calle, se arrepintió. ¿Por qué había retenido á los Charbonnel, que se obstinaban en partir? La ocasión no podía ser más propicia para desembarazarse de ellos. Ahora, más que nunca, se encontraba comprometido para hacerles ganar su pleito. Y sentíase sobre todo encrespado contra sí mismo, al confesarse los motivos de vanidad á que había obedecido. Parecíale aquello indigno de su fuerza. Pero, en fin, había prometido, avisaría. Bajó por la calle de Bonaparte, siguió el malecón y atravesó el puente de los Santos Padres.

El tiempo continuaba apacible; sobre el río no obstante, sopiaba un vientecillo sutil. Ha-

llábase en mitad del puente, abrochándose el gabán, cuando vió delante de él una gruesa dama cargada de pieles, que le atajaba el paso. En el metal de la voz, conoció á madama Correur.

—¡Ah! es usted—le dijo con afligido acento.—Preciso es que me tropiece con usted para tener el gusto de estrecharle la mano... Si estuviese yo ocho días sin ir á su casa de usted... No, no es usted muy galante, que digamos.

Y le apostrofó por no haber hecho una diligencia que le venía pidiendo hacía ya un mes. Tratábase siempre de aquella señorita Herminia Villecoq, antigua educanda de San Dionisio, con quien su seductor, un oficial, consentía en casarse, si había un alma honrada que se prestase á adelantar el dote reglamentario. A parte de esto, había de saber Rougón que todas aquellas damas no la dejaban ni á sol ni á sombra; la señora viuda de Leturc esperaba su estanco; las demás, la señora Chardón, madama Testanière, madama Jalaguiet, iban un día tras otro como en procesión á su casa á llorar su pobreza y á recordarle los compromisos que había creído poder echarse encima.

—Yo contaba con usted—dijo concluyendo.—¡Oh! en buen berengenal me ha metido! Mire usted, en este instante me voy al ministerio de Instrucción pública para saber qué hay tocante á la bolsa del niño Jalaguiet. Esta bolsa me la tenía usted prometida.

Dió un suspiro y continuó hablando:

—En fin, nos vemos precisadas de andar corre-

teando de acá para allá, ya que usted se niega á ser nuestro ángel tutelar.

Rougón, á quien el viento molestaba, se encogió de hombros, mirando, allá al extremo del puente, el puerto de San Nicolás, que daba abrigo á un rincón de la ciudad mercantil. Sin dejar de escuchar á madama Correur, interesábase por una barca cargada de pilones de azúcar; había hombres que la descargaban, haciendo deslizar los pilones á lo largo de una canaliza formada por dos tablas. Trescientas personas, de lo alto de los malecones, presenciaban aquella maniobra.

—Yo no soy nada, no puedo nada—contestaba.—Hace usted mal en mirarme con malos ojos.

Mas ella repuso, con avinagrado acento:

—¡Quite allá! ¡De sobra le conozco á usted! Cuando usted quiera, lo será todo... ¡No se haga el taimaño, Eugenio!

Rougón nó pudo contener una sonrisa. La familiaridad de madama Melania, como la llamaba en otro tiempo, despertaba en su memoria el recuerdo del hotel de Vanneau, cuando no tenía botas que ponerse y que conquistaba á Francia. Y olvidó los reproches que acababa de dirigirse, al salir de casa de los Charbonnel.

—Vamos—le dijo con ademán de buen muchacho,—¿qué tiene usted que contarme?... Pero, se lo ruego á usted, no estemos parados, como unos pasmarotes. Se hiela uno aquí. Ya que va usted á la calle de Grenelle, la acompañaré hasta el extremo del puente.

Entonces volvió atrás, andando al lado de madama Correur, sin darle el brazo. Esta, sin dejarse nada en el tintero, contaba sus cuitas.

—En cuanto á las demás, después de todo, me río, y tan amigos como antes... No le atormentaría á usted, estaría más contenta que unas sonajas, como en aquellos tiempos, que usted recordará, si yo por mi parte, no tuviese grandísimas desazones. ¡Qué quiere usted! acaba una porque se le agríe el carácter... ¡Dios mío! ¡se trata siempre de mi hermano, de ese pobre Martineau! Su mujer le ha vuelto archidamente; ya no tiene entrañas.

Y entró en minuciosos detalles sobre la nueva tentativa de reconciliación que se había propuesto realizar la semana anterior. Para enterarse con todos sus pelos y señales de las disposiciones de su hermano tocante á ella, se le había ocurrido enviar allí, á Coulonges, á una de sus amigas, á aquella señorita Herminia Villecoq, cuyo matrimonio estaba madurando dos años hacía.

—Su viaje me ha costado ciento diez y siete francos—prosiguió.—Pues bien, ¿sabe usted cómo se la ha recibido? Madama Martineau se lanzó entre ella y mi hermano, hecha una furia, espumarajeando y gritando que si volvía yo á enviarle semejantes busconas las haría meter en chirona por los gendarmes... Mi buena Herminia temblaba todavía por tal manera cuando fuí á recibirla á la estación de Montparnasse, que nos fué preciso entrar en un café para tomar algo.

Habían llegado al extremo del puente. Los tran-

seuntes se codeaban. Rougón procuraba consolarla con las mejores palabras.

—Muy enojoso es lo que usted me dice; pero su hermano volverá á usted, ya lo verá. El tiempo todo lo arregla.

Después, como le tuviese parado allí, en la esquina de la acera, en el barullo de los carruajes que iban y venían, volvió á echar á andar sobre el puente, á paso menudo. Ella le seguía, repitiendo:

—El día en que Martineau cierre el ojo, ella es muy capaz de quemarlo todo, si deja testamento... El pobrecito mío está en la piel y los huesos. Herminia le ha encontrado muy mala cara... Sea como sea, me veo afligidísima.

—Nada se puede hacer ahora, y es preciso esperar—dijo Rougón con mirada vaga.

Detúvole de nuevo en mitad del puente, y bajando la voz:

—Herminia—dijo,—me ha contado una cosa especial. A lo que parece, Martineau se ha metido ahora de hoz y de coz en la política. Es republicano. En las últimas elecciones trastornó todo el país... Esto me ha sobresaltado... ¡Eh! ¿no podrían llegarle á molestar?

Tras un instante de silencio, le miró con fijeza. Rougón siguió con la vista un landó que pasaba, como si hubiese querido evitar la mirada de la señora Correur. Y luego repuso, como si cayese de las nubes:

—Tranquilícese. Usted tiene amigos, ¿verdad que sí? Pues bien, cuente con ellos.

—No cuento más que con usted, Eugenio—dijo con ternura, en voz muy bajita.

Entonces pareció que él también se enternecía. Miróla á su vez cara á cara y la encontró seductora, con su cuello regordete y con su enjalbegado rostro de mujer que se resiste á envejecer. Representaba toda su juventud.

—Sí, cuente usted conmigo—le contestó estrechándole las manos.—Ya sabe que tomo una gran parte en todas sus penas.

Y la acompañó todavía hasta el malecón de Voltaire. Así que le hubo dejado, Rougón atravesó el puente por fin, amainando el paso é interesándose de nuevo por los pilones de azúcar que se desembarcaban en el puerto de San Nicolás. Hasta acodóse unos instantes en el pretil. Pero los pilones que se deslizaban por los canalizos, la verde agua cuya continua oleada penetraba bajo los arcos, los papanatas, las casas, todo formó pronto un revoltijo y fué á ahogarse en el fondo de una cavilación invencible. Soñaba en cosas enmarañadas y confusas, descendía con madama Correur á las más lóbregas profundidades. Y ya no echó nada de menos; su ensueño se circunscribía á volver á ser grande, omnipotente, á fin de dar satisfacción á cuantos le rodeaban, aun más allá de lo natural y de lo posible.

Un escalofrío le sacó de su inmovilidad. Estaba tiritando. La noche se venía encima y los efluvios del río levantaban en los muelles ténue polvareda blanquecina. Al atravesar el muelle de las Tullerías, se sintió muy decaído y faltóle de repente

valor para volver á su casa á pie. Mas tan sólo pasaban fiacres llenos, é iba á renunciar á encontrar un vehículo, cuando vió que un cochero detuvo su caballo en frente de él. Una cabeza se asomó por la portezuela; era el señor Kahn, que gritaba:

—Iba á su casa de usted. ¡Suba! Le acompañaré y podremos hablar.

Rougón subió. No bien se hubo sentado, cuando el antiguo diputado se desató en palabras violentas, en medio de los tumbos del fiacre, cuyo caballo había vuelto á su adormecido trote.

—¡Ah, amigo, justamente se me acaba de proponer una cosa... No lo adivinaría usted en todos los días de su vida. Me ahogo.

Y, bajando el cristal de una portezuela:

—Me lo permite usted, ¿no es eso?

Rougón se embutió en un rincón, mirando por el cristal abierto, deslizarse la pared gris del jardín de las Tullerías. El señor Kahn, colorado como un pimiento, continuaba, con movimientos bruscos:

—Ya lo sabe usted, he seguido sus consejos... Dos años hace que lucho erre que erre. He visto al emperador tres veces, y estoy redactando mi cuarta memoria sobre mi asunto. Si no he obtenido la concesión de mi ferrocarril, por lo menos he logrado hasta aquí que de Marsy no lo haga dar á la compañía del Oeste... En fin, me las he compuesto de manera para poder esperar á que seamos los más fuertes, como usted me ha dicho.

Callóse por un instante, pues su voz se perdía en el terrible alboroto que producía un carro cargado

de flejes de hierro, que atravesaba el muelle. Después, cuando el fiacre hubo pasado delante del carro:

—Pues bien—prosiguió,—hace un momento, hallándome en mi gabinete, un caballero, á quien no tengo el gusto de conocer, un contratista en gran escala, á lo que parece, ha ido con toda tranquilidad á ofrecerme, en nombre de Marsy y del director de la compañía del Oeste, el otorgarme la concesión, si tenía á bien adjudicar á aquellos señores un millón en acciones... ¿Qué me dice usted?

—Es un poquito caro—dijo Rougón sonriendo.

El señor Kahn movió la cabeza y se cruzó de brazos.

—No, usted no puede formarse una idea de la frescura de esos señores... Preciso sería referirle á usted ce por be mi conversación con el contratista. Marsy, mediante el millonaje, se compromete á apoyarme y á hacer llegar á buen término mi demanda dentro del plazo de un mes. Su parte es la que reclama, y nada más... Y como yo hablase del emperador, nuestro hombre se echó á reír. Me dijo en los mejores términos que se me timaba si se me hacía creer que el emperador estaba de mi parte.

El fiacre desembocaba en la plaza de la Concordia. Rougón salió de su rincón, como reanimado y rosadas las mejillas.

—¿Y no lo puso usted de patitas en la calle?—preguntó.

El antiguo diputado, sorprendido á más no poder, le miró un instante sin acertar á dar una contesta-

ción. Su coraje había desaparecido en un santiamén. Hundióse él también en un rincón del coche, entre-gándose muellemente á los traqueteos, y murmurando:

—¡Ah! no se planta en la calle, así como así, á la gente, sin reflexionar... Por lo demás, yo quería saber el parecer de usted. En cuanto á mí, lo confieso, ganas me dan de aceptar.

—¡Nunca, Kahn!—gritó Rougón furioso.—¡Nunca!...

Y se pusieron á discutir. El señor Kahn presentaba números; era indudable que un alboroque de un millón de francos, era colosal; pero probaba que se tataría fácilmente aquel agujero, con ayuda de ciertas operaciones. Rougón no escuchaba, se negaba á oír, mediante un ademán. El se burlaba del dinero. No quería que Marsy se embolsase de bóbilis bóbilis un millón, pues con dejar que se le diese aquel millón era confesar su impotencia, era darse por vencido, estimar la influencia de su rival en un precio exorbitante, que agigantaba más aún en presencia de la suya.

—Ya ve usted que se cansa—le dijo.—Cederá después de la resistencia... Espere usted más. Tendremos la concesión por poco más que nada.

Y agregó en tono casi amenazador:

—Llegaríamos á indisponernos, se lo prevengo á usted. No puedo permitir que uno de mis amigos sea explotado de modo tan infame.

Mientras volvían á mantenerse callados, el fiacre tomaba la dirección de los Campos Elíseos. Am-

bos hombres, pensativos, parecía como que contaban con toda atención los árboles, en las contra-avenidas. El señor Kahn fué el primero que repuso, á media voz:

—Escúcheme usted, yo no pediría cosa de mayor importancia que continuar en la mejor armonía con usted; pero confiese que hace unos dos años...

No acabó y dió otro giro á la frase.

—En fin, la culpa no es de usted; en este instante se halla usted atado de manos... Demos el millón, créame usted.

El fiacre acababa de pararse delante del hotelito de la calle de Marbeuf. Entonces, sin apearse, y con la portezuela cerrada, estuvieron hablando todavía un instante, como si se hubiesen encontrado en su gabinete, con toda comodidad. Rougón tenía convidados aquella noche á cenar al señor Bouchard y al coronel Jobelin, y quería también retener al señor Kahn, quien se negaba, con gran sentimiento suyo, por estar ya invitado en otra parte. Ahora el gran hombre tomaba muy á pechos el asunto de la concesión. Cuando, por último, bajó del fiacre, cerró amistosamente la portezuela, cambiándose un postre de cabeza entre él y el antiguo diputado.

—Hasta mañana jueves, ¿quedamos así?—le dijo éste, estirando el cuello, mientras que el coche se le llevaba.

Rougón llegó con un amago de calentura. Ni siquiera pudo leer los periódicos de la tarde. Aunque á todo tirar eran las cinco, pasó al salón, en donde esperaba á sus convidados, paseándose de aquí para

allá. El primer sol del año, aquel pálido sol de enero, le había producido un principio de jaqueca. De las primeras horas de la tarde conservaba una agudísima sensación. Toda la banda se encontraba frente á él, los amigos á quienes aguantaba, aquellos á quienes temía, aquellos por los cuales sentía verdadero cariño, le impelían, le acorralaban á un desenlace inmediato. Y no era que aquello le disgustase; daba la razón á sus impaciencias y sentía que le subía una cólera á la cabeza, producida por la de todos ellos. Era aquello algo como si, poco á poco, se le hubiese reducido el espacio ante sus pisadas. La hora se acercaba en que forzoso le sería dar algún salto formidable y decisivo.

De repente pensó en Gilquin, á quien por completo había olvidado. Llamó para preguntar si «el caballero del gabán verde» había vuelto durante su ausencia. El doméstico no había visto á nadie. Entonces dió orden para que si se presentaba durante la noche, fuese introducido en su gabinete.

—Y me avisará usted en seguida—agregó;—aun cuando estemos en la mesa.

Luego, despertada su curiosidad, fué en busca de la tarjeta de Gilquin. Una y otra vez leyó: «corre prisa; el asunto es de lo más chocante». Cuando el señor Bouchard y el coronel llegaron, se metió la tarjeta en el bolsillo, desasosegado, irritado por aquella frase, que volvía á fijarse en su cerebro.

La comida fué muy sencilla. El señor Bouchard ejercía de soltero hacía dos días, pues su mujer se había ausentado para asistir á una tía enferma, de

la que, por lo demás, hablaba por la primera vez. En cuanto al coronel, que encontraba siempre su cubierto puesto en casa de Rougón, había llevado aquella noche á su hijo Augusto, á la sazón de vacaciones. La señora de Rougón hizo los honores de la mesa, con su silenciosa complacencia de costumbre. El servicio, dirigido por ella, se realizaba con lentitud y minuciosamente, sin que se oyese el menor ruido de vajilla. Hablóse de los estudios en los liceos. El jefe de oficina citó versos de Horacio, recordó los premios que había obtenido en los concursos generales, allá por el año 1813. El coronel habría querido que rigiese una disciplina más militar; y dijo por qué Augusto no había obtenido el bachillerato en noviembre: el muchacho tenía una imaginación tan viva, que se adelantaba siempre á las preguntas de los profesores, lo que disgustaba á aquellos caballeros. Mientras que el padre explicaba por tal modo su fracaso, el mancebo se comía una pechuga de ave, con sonrisa de pobre diablo regocijado.

A los postres, oyóse un campanillazo en el vestíbulo, que pareció emocionar á Rougón, hasta entonces distraído. Se figuró que era Gilquin, dirigió la vista á la puerta y se puso á doblar maquinalmente la servilleta, en espera de que se le avisase. Pero fué Du Poizat quien entró. El antiguo subprefecto se sentó á dos pasos de la mesa, como íntimo de la casa. Iba allí con frecuencia por las noches, muy temprano, en cuanto había acabado de

comer, en una modesta casa de huéspedes del barrio de Saint-Honoré.

—Me siento derrengado—dijo, sin dar ningún detalle de sus complicadas tareas de la tarde.—Habría ido á meterme entre sábanas, á no haberseme ocurrido la idea de venir á echar un vistazo á los periódicos... Están en su gabinete, ¿no es así, señor Rougón?

Quedóse allí, no obstante, y aceptó una pera que se le ofreció, con dos deditos de vino. La conversación versó sobre la carestía de los víveres; todo, de veinte años á aquella parte, había duplicado el precio. El señor Bouchard recordaba haber visto en su juventud los palomos á quince sueldos el par. Entretanto, así que el café y los licores quedaron servidos, la señora de Rougón se retiró discretamente. Volviéronse al salón sin ella y se quedaron como en familia. El coronel y el jefe de oficina colocaron por sí mismos la mesa de juego delante de la chimenea; barajaron las cartas, absortos y engolfados ya en profundas combinaciones. Augusto, junto á un velador, hojeaba la colección de un periódico ilustrado. Du Poizat había desaparecido.

—Fíjese usted en este juego—dijo de pronto el coronel.—Es de lo que no hay, ¿eh?

Rougón se acercó y movió la cabeza. Después, cuando volvía silenciosamente á sentarse, tomando las tenazas para remover los tizones, el criado, que había entrado quedamente, fué á decirle al oído:

—El caballero de esta mañana está ahí.

Rougón se estremeció. No había oído la campa-

nilla. En el gabinete encontró á Gilquin en pie, con un roten bajo el brazo, y examinando con guiñar de ojos de artista, un detestable grabado que representaba á Napoleón en Santa Elena. Hallábase abrochado hasta la barba, encerrado en su gran gabán verde, con la cabeza cubierta con un sombrero de seda negro, casi flamante, exageradamente inclinado sobre la oreja.

—Y bien, ¿qué hay?—preguntó vivamente Rougón.

Pero Gilquin no se apresuraba. Movi6 á un lado y á otro la cabeza, y dijo, mirando al grabado:

—Sea como sea, no está mal... Por lo demás parece que se aburre de lo lindo.

El gabinete se hallaba iluminado por una sola lámpara, colocada en un ángulo del bufete. A la entrada de Rougón, un ligero ruido, un estremecimiento como de papel arrugado, había partido de un sillón de enorme respaldo colocado delante de la chimenea; después había reinado silencio tal, que habríase podido tomar aquel ruido por el estallido de un tiz6n á medio apagar. Por lo demás, Gilquin se negaba á tomar asiento. Ambos hombres permanecieron cerca de la puerta, en la parte de sombra que proyectaba un cuerpo de la biblioteca.

—¿Qué hay?—repiti6 Rougón.

Y le dijo que había pasado por la calle de Guisarde, á primera hora de la tarde. Entonces, el otro, habló de su portera, una excelente mujer, que se iba por la posta por hallarse tísica, todo motivado por la casa, cuyos bajos eran de lo más húmedo.

—Pero ese asunto tan urgente... ¿á qué se refiere?

—¡Espera! Para eso he venido. Vamos á hablar... ¿Y llegaste á subir, viste á la gata? Figúrate, es una morronguilla que me llegó por los canalones. Una noche, como mi ventana hubiese quedado abierta, me la encontré acostada conmigo. Me lamía la barba, lo que me resultó gracioso, y me quedé con la felina.

Por último, se resolvió á hablar del asunto. Mas la historia fué larga de contar. Empezó por referir sus amores con una planchadora, por la que consiguió hacerse amar una noche, al salir del Ambigú. Aquella pobre Eulalia acababa de verse forzada á dejar sus muebles en las garras del propietario, porque un amante la había dejado en el preciso momento en que debía cinco meses de alquiler. Consecuencia de esto ha sido el que, de diez días á esta parte, habite en un hotel de la calle de Montmartre, cerca de su taller; en su casa había él dormido toda la semana, en el segundo piso, puerta del fondo del corredor, en un zaquizamí obscuro que da al patio.

Rougón, resignado, le escuchaba.

—Hace tres días—prosiguió Gilquin,—que me descolgué con un pastel y una botella de vino... Nos regalamos con ello en la cama, como puedes comprender... Nos acostamos con las gallinas... Eulalia se levantó un poco antes de media noche, para sacudir las migajas. Después he aquí que se echa á dormir á pierna suelta... Es un verdadero lirón aquella muchacha. Por mi parte, yo no dor-

mía. Había apagado la luz y me hallaba mirando al aire, cuando se armó una marimorena en la habitación contigua. Has de saber que ambos cuartos se comunican por una puerta que hoy está condenada. Las voces decayeron y la paz parecía haberse restablecido; mas llegaron á mí rumores tan singulares, que, á fe mía, fuí á pegar un ojo contra una rendija de la puerta... No, no podrás adivinar en tu vida...

Y se detuvo, como con espantados ojos, para gozar del efecto que se proponía producir.

—Pues bien, eran dos, un joven de veinticinco años, bastante guapo, y un viejo que debería de haber pasado de los cincuenta, pequeño, delgaducho, enfermizo... Los buenos sujetos estaban examinando pistolas, puñales, espadas, toda especie de armas nuevas, cuyo acero resplandecía... Hablaban en una jerga que les era peculiar, que no entendí en un principio... pero, al oír ciertas palabras, conocí que hablaban en italiano. Ya sabes que he viajado por Italia, para el negocio de pastas. Entonces, apliqué el oído y comprendí, caro amigo... Se trata de unos caballeros que han venido á París para asesinar al emperador. ¿Qué te parece?

Y se cruzó de brazos, estrechando el bastón contra el pecho, mientras repetía una y otra vez:

—¡Eh! ¿no es de lo más peregrino?...

Aquél era el asunto que Gilquin encontraba chocante. Rougón se encogió de hombros; veinte veces se le habían denunciado conspiraciones; pero

el antiguo viajante de comercio daba detalles precisos.

—Tú me tienes dicho que venga á repetirme los cuentos y chismes del barrio; y yo, por mi parte, deseo prestarte buenos servicios, contándotelo todo, ¿no es así? Haces mal en menear la cabeza... ¿Crees que si hubiese ido á la prefectura, no se me habría largado una buena propina? Pero aquí no hay más sino que prefiero que se aproveche un amigo. ¿Entiendes bien? ¡la cosa es seria! Ve á contarla al emperador, y ten por seguro que te dará un abrazo ¡voto á Cribas!

Hacía tres días que venía atisbando á aquellos lindos caballeros, como él los llamaba. Durante el día iban allí dos más, uno joven y otro de edad madura, bellísimo, de rostro pálido y de cabellos negros, que parecía ser el jefe. Toda aquella gente entraba allí como molida de cansancio, y discutía con palabras de doble sentido, y con brevedad. El día anterior, habíales visto cargar «maquinitas» de hierro, que, en su sentir, tenía por bombas. Había hecho que Eulalia le diese la llave, y se quedaba en la habitación las horas muertas, descalzo, y con el oído atento. Y, desde las nueve en adelante, por la noche, componíaselas de manera para que Eulalia roncara, á fin de que tranquilizara á los vecinos. A su modo de ver, no había para qué mezclar á las mujeres en los asuntos políticos.

A medida que Gilquin hablaba, Rougón se ponía serio. Empezaba á creer. Bajo la ligera embriaguez del antiguo viajante de comercio, en me-